

Notas de un caminante

Nos veremos otra vez en Compostela

José de las Casas

Se me ocurrió un día que no tenía nada que hacer.

—Lo de Santiago de España fue un invento de los curas para levantar la moral de los cristianos —me dijo alguien que no comulga con ruedas de molino, como él mismo gusta repetir—. La guerra contra los moros iba mal, tan mal que duró más de siete siglos. Hacía falta algo sobrenatural para animar a la gente.

—Bueno... Hay que reconocer que las noticias sobre el viaje del Apóstol Santiago el Mayor a España brillan por su ausencia en los primeros siglos del cristianismo —tercia un amigo, muy versado en Historia—. La mención al viaje está en el *Breviarium Apostolorum*, lo cual sabemos por manuscritos del siglo VIII. Originales del Breviarium, que es anterior a ese siglo, no nos ha llegado ninguno. Después sí hay menciones a este asunto. En *De ortu et obitu patrum*, de San Isidoro de Sevilla, y en los escritos de Beda el Venerable se da por cierto la visita a España del Apóstol para evangelizar a las gentes ibéricas.

No se detuvo en lo resumido el alegato de mi amigo historiador. Ya es sabido que el tema aparece envuelto en obscuridades. Historiadores de nuestro tiempo, como Duchesne, basándose en el *Argumentum et silentio*, concluyen que la falta de testimonios en los primeros siglos de la era cristiana inclina la razón al escepticismo. Hoy los historiadores dejan la predicación del Apóstol en Hispania entre la tradición y la leyenda.

Más crédito merece el traslado del cuerpo de Santiago a España, unos años después de su martirio en Jerusalem. La versión del martirio nos ha llegado en un escrito de Eusebio de Cesarea, la *Passio modica*, que se remonta al siglo III. Fue enterrado en el mismo lugar, en Jerusalem. Pero no hay testimonio alguno de culto a la memoria de Santiago en Tierra Santa, como era normal ante las tumbas de los Apóstoles. Esta falta de noticias, ¿no se explicaría por el secreto traslado de los restos hacia un lugar a cubierto de violencias sacrílegas?

Dejemos pues la disputa científica a los historiadores, y demos por buena la conjetura final y todo lo que siguió después, episodios atendibles a razones y sustentados como verdaderos sin necesidad de erudición. Trajeron los restos del Apóstol en arcón de mármol —*arca marmorea* como se escribe en los pergaminos— hasta el con-

fin del mundo antiguo en audaz periplo que nadie, movido sólo por la inquina, hubiese podido emular.

Y como los naturales de la Península somos olvidadizos y poco constantes en nuestras devociones, allá en Galicia quedó el *arca marmorea*, sin que laico ni clérigo, pasados unos años, guardaran memoria del secreto enterramiento. Achaquemos el olvido a lo revuelto de aquellos siglos y a lo distante de aquellas tierras sólo accesibles por mar, pues lo abultado de su orografía desanimaba a todos salvo a los suevos, que allí se acantonaron a principios del siglo V.

El lugar se llamaba Iria Flavia, hoy Padrón, paraje remoto, poblado, pero no mucho, por campesinos de menguadas tierras y pescadores de holgadas redadas, no muy inclinados a prestar crédito a enredos indescifrables. Eran, por el contrario, convencidos creyentes en seres maléficos que poblaban la fraga en noche cerrada y que se desvanecían con el plenilunio.

Venció la desconfianza celta el aparato celeste que precedió al descubrimiento de la tumba en tiempos del obispo Tedomiro, en el año 813. Hasta Carlomagno, según la leyenda, soñó con un campo de estrellas que señalaba el camino de occidente. Pero sobre esto del campo de estrellas —*campus stellae*— y el viaje a Galicia del Emperador, hay tantas dudas como en el asunto de la venida a España de Santiago el Mayor, hijo de Zebedeo.

De cualquier modo, hay pruebas documentales del descubrimiento de la tumba, con su arcón de mármol, desde el año 1077. Por ejemplo: la Concordia de Antealtares, entre Don Diego Peláez, obispo de Santiago, y San Fagildo, abad del Monasterio de Antealtares. Hay, además, otras y dispersas pruebas de que el culto al Apóstol se celebraba ya a principios del siglo IX, a un tiempo del descubrimiento de la Santa reliquia y la devoción practicante.

El historiador Américo Castro sostuvo que el culto a Santiago se inspiraba en otros precristianos cultos a divinidades emparejadas. Concretamente a Castor y Pólux. No hermana muy bien esta, sin duda, sabia teoría con la propensión, tan común en aquellos tiempos, a sepultar en el olvido hechos tangibles. Es forzar mucho la inventiva concebir que la presencia de Santiago en Clavijo, según la primera Crónica General «en un caballo blanco, con una senna blanca et grand espada reluziente en la mano», era demostración palmaria de que los castellanos del siglo XII confundieron a los dos Santiagos, el Mayor y el Menor, con los Dioscuros, que así se llama también a Castor y Pólux.

La entrada en juego del caballo blanco se ha entendido como simbolismo mitológico. Parece más evidente que lo del blanco equino sería una cuestión de buen gusto. El mucho saber lleva con frecuencia a encontrar soluciones en el baúl de la memoria, en vez de buscarlas en el caletre durante las frescas horas de la mañana.

Cuesta imaginar que cuando castellanos y leoneses gritaban «¡En el nombre del criador et d'Apostol Santi Yagüe, feridlos, cavalleros, d'amor et de voluntad!», en realidad invocaban a los Dioscuros.

Como en la tardanza está el peligro, los naturales de Galicia lanzaron enseguida a los cuatro vientos la maravilla que acababa de



Bajorrelieve en yeso del siglo XVI en la iglesia de Santiago de León, que representa a Santiago «Matamoros» en la batalla de Clavijo.

acaecer: el descubrimiento de la tumba del Apóstol. Y lo difundieron con tal resonancia clérigos y laicos de consuno, que pronto acudieron peregrinos de tierras lejanas a visitar la ermita que guardaba las reliquias de Santiago. Llegó a ser tanta la afluencia que ya la crónica de Sampiro da noticia de la construcción de una basilica durante el reinado de Alfonso II, rey de Asturias y de Galicia.

Es tan cierta la peregrinación del obispo Gondescalco a Santiago de Compostela hace 1037 años, como la expedición de Almanzor hace 990 años, efemérides que brindo a los organizadores de milenarios, centenarios y aniversarios de tanta utilidad para nuestras autonomías.

Cerciorado de estas evidencias emprendí la marcha en paz y en haz un día de julio de no importa que año, seguro al menos de imitar el ejemplo de tantos otros con no poca fe y mucho arrojo.

Si uno se sitúa entre Saint Jean Pied de Port y Valcarlos, el horizonte es, al norte, un inmenso mar de nubes. Al sur, si hay suerte, sólo la bruma oculta el paisaje. La bajada desde los Pirineos no tiene dificultades. Menos mal, se dice el peregrino. Pero del dicho al hecho hay un trecho. Lo cargante y complicado en esta vida es el trecho.

¿Habrá que llevar dinero consigo o será mejor situar en sucursales bancarias pequeñas sumas para proveer el sustento? Los antiguos peregrinos vivían de la piadosa largueza del lugareño, y se alojaban en hospitales que no eran otra cosa que albergues, si no confortables, sí al menos dispensadores de techo y paja.

Como uno asume el talante de cada ocasión, el mío era de comu-

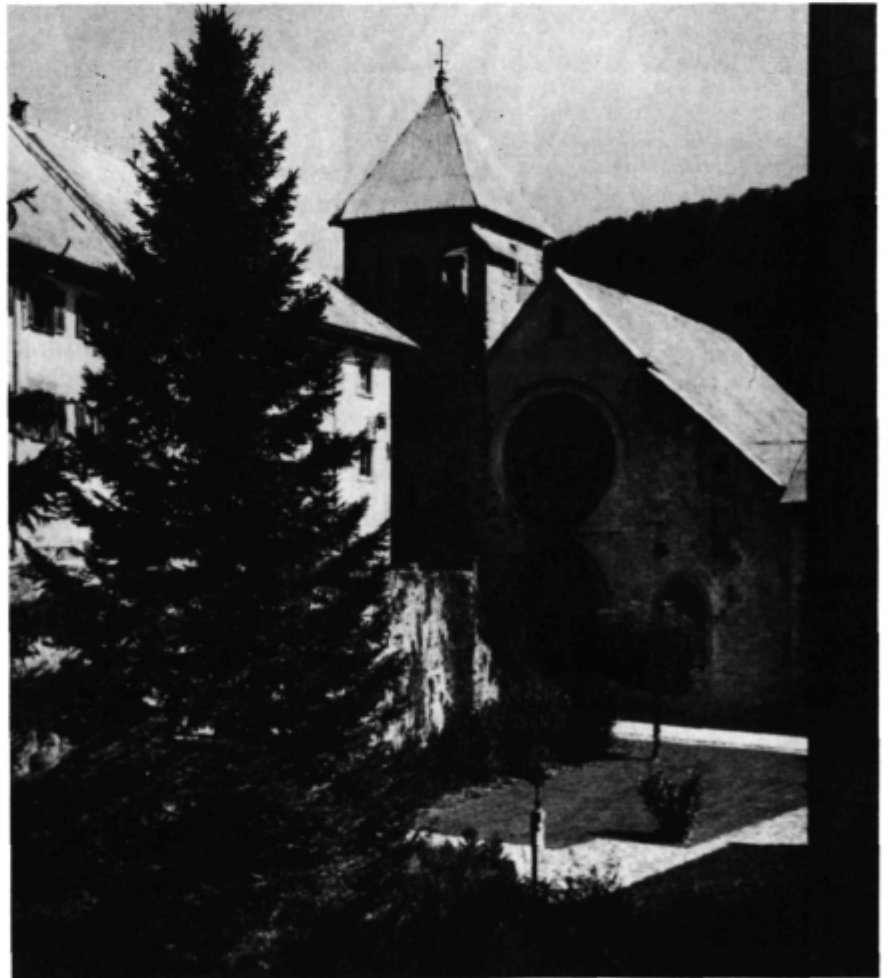
nicativa solidaridad. Así que, aún con las cantidades depositadas, como las migas de pan del cuento, en las cajas de los bancos, opté por subsistir de la caridad del prójimo, de suerte que éste hallase gracia para borrar Dios sabe cuántas faltas y errores.

—¡A la mierda con tu cuento! ¡Drogadicto!

Volví a la realidad. En las actuales calendas, los sedentarios de éste y otros caminos no están muy inclinados a dar posada ni al peregrino ni a nadie. Es de ley confesar que expuse mi petición de socorro sin preámbulo y por derecho, no como merced y no sin cierta arrogancia. En cuanto uno hace suyo un papel en el reparto ya se cree un personaje.

—¡Y mucho ojo con merodear por la huerta porque te escerrajo una perdigonada!

Tras Roncesvalles, Valcarlos y Burguete, me encontraba no lejos de las primeras huertas donde se cultiva el pimiento, el puerro y el pepino, especies resistentes a los cierzos que bajan de los valles. Ya venía moralmente edificado por la visita a la Iglesia de Santiago y al osario donde, se dice, están los huesos de los peregrinos que nada más iniciar el camino francés renunciaban definitivamente a visitar Compostela.



Fachada oeste de la colegiata de Roncesvalles, uno de los primeros ejemplos del arte gótico en España. En primer término, la hospedería cuya estampa actual debe mucho a las reconstrucciones y ampliaciones de fines del siglo XVI, aunque su fundación se remonta al primer tercio del siglo XII.

Deseché compartir con el prójimo el ejercicio de las virtudes teológicas, y puesto que me encontraba en comarca de torrentes y arroyos, acudí al restaurante Dallas, de Lizarraga, donde degusté truchas a la navarra, pisto riojano y fruta del tiempo. Me consolé, mientras comía, recordando las enseñanzas de mi amigo historiador. En el siglo XII, si no perdigones, servíase al peregrino sopas y agua salada —para lavarse los pies— a precios que el señor Von der Gotz, peregrino alemán del siglo XIII, juzgó intolerablemente abusivos.

Aparte el osario ya mencionado, hallé rastros de enterramientos de peregrinos, o sea, según la tradición oral, en varios pueblos del camino entre Erro y Puente la Reina. ¿Qué trabajos sobrehumanos quebrantarían el cuerpo y el ánimo de aquellos hombres? Y digo hombres porque al parecer las mujeres peregrinan poco. Ninguna encontré que delatara tal propósito. Quizás, y dado su sentido práctico, la mujer peregrina allí donde espera obtener un resultado inmediato y visible. Por ejemplo, a Lourdes, donde es fama que sus aguas son remedio milagroso a numerosos males del cuerpo y del alma.

Ya en la bajada a Burguete, observé la presencia de numeroso hombrío, todos en la misma dirección. No nos cruzábamos con otros que regresasen, como hubiese sido de razón, por el mismo camino, de suerte que no se produjo ese cambio de saludos y buenos deseos, que tanto conforta, entre quienes llegan y los que vuelven.

No era posible el encuentro en la posada con el peregrino de vuelta, ya revestido de superior espiritualidad, que con un vaso de tinto en la mano imparte consejos y recomendaciones a cuantos andariegos no han destrozado todavía ni un solo par de botas. ¡Cuántas oportunidades abortadas para la evocación!

En algún lugar, al calor de la lumbre de la chimenea, en el contorcio calmoso, alguien habrá que captive la atención de todos con el relato ameno de sus aventuras.

Con estas fantasías iba medio absorto, cuando reparé en otros caminantes que me pasaban, tal vez por más zancada y más deseo de llegar.

Aceleré el paso, de manera que si no cruce, fuese adelantamiento. Igual era dar buenos días al que se nos viene de frente que al que dejamos atrás. Eso hice. Al primer caminante que alcancé, le espeté:

—¡A la paz de Dios!

—¡Guten Tag! —me respondió.

Procedía de Heidelberg. Trabajaba para el Romanische Forschung Institut y algún otro centro de estudios de lenguas e historia románicas. Quería comprobar cuantos kilos pierde el cuerpo humano en veinticinco días, caminando 40 kilómetros diarios, es decir, siete u ocho horas diarias, en verano, y consumiendo bebidas y alimentos en cantidades normales.

Nos emparejamos y juntos continuamos el camino, yo preguntando y él respondiendo sin que se invirtiese en el otro sentido nuestra comunicación. Su familia era de Silesia. El padre había combatido en Rusia y estuvo prisionero en Siberia seis años. Tal era el frío que allí pasó que le cambiaba de una pieza la piel de la espalda que había de despegar como se despegaba la piel seca de un bacalao.

En abril de 1945, Klaus —así se llamaba el peregrino— y su familia huyeron de Silesia. La madre, una hermana, Jutta, otro hermano mayor, Johann, y una tía viuda desde el segundo día de la guerra. Caminaron a pie y en bicicleta durante cinco días, bajo una lluvia fina y constante, en aquella primavera tardía de las llanuras del Este. Como las malas noticias corren más deprisa que las buenas, en Silesia —y también en Pomerania, y en Prusia oriental, y en Sajonia— se sabía que los rusos llegaban y, lo que es peor, que se quedaban.

—Y cuando termine sus estudios, ¿qué hará?— pregunté.

—Tengo un stipendium por veinte —contestó en su español salpicado de anglicismos y faltas de concierto entre sujeto y verbo—. Soy también colaborador en el Lexikon des Buchwesens. Es un diccionario de Buchkunde, sobre el libro, todo. Trabajamos desde hace cinco años. Ahora ha salido el tercer Band, de la B. El año 2030, habrá ya 18 Bände, y después, la V, X, Y y Z. El año 2037 ó 38, todo terminado.

Klaus tiene cincuenta y tres años de edad. Pero no lo parece. Tiene las manos grandes, las muñecas anchas, las pantorrillas musculosas —va en pantalón corto—, la nariz pequeña y los azules ojos hundidos en sus órbitas.

—Hay que estudiar siempre. Vosotros creen que estudiar sólo los niños. Yo digo que estudiar es de hombres y mujeres viejas —de adultos, quería decir Klaus—. Los niños juegan y después estudian y después trabajan. Los niños españoles lloran. Vosotros también. Cuando nosotros tenemos razón, vosotros lloran como niños. Cuando no hacemos como quieren, vosotros pa-talea, ¿eh?, ¿se dice patalea?

—Sí, se dice patalea.

—Los niños alemanes no lloran —sentenció.

Deduje del galimatías que el alemán quería demostrar que la educación de la familia a la infancia es pernicioso. Que se les acostumbra a hacer su voluntad y capricho. Esos hábitos, ya adultos, se transforman en incivismo y soberbia. Me vinieron a la memoria alguna escena presenciada, sin demasiado interés, en el metro o el autobús. La criatura de cuatro o cinco años que coje una rabieta porque no hay sitio donde sentarse. Hasta que una mujer —¿cincuenta? ¿sesenta años?— le cede el asiento sonriente, comprensiva...

—Eso ya lo había observado Goscigny en el episodio de *Asterix en Hispania*. El niño ibérico llora hasta ponerse verde si no hace su voluntad.

—Por eso lloran los niños españoles —añadió sombrío el alemán—. Porque saben que obtienen lo que quieren.

Al compás de sus argumentaciones, aceleraba la cadencia de sus zancadas. Por si acaso, dejé de hacer preguntas, mientras Klaus desarrollaba una tesis sobre la escasa chicha de los pueblos llorones.

—Los italianos no es igual. Lloran con lágrimas, ¿no? Los grandes no lloran, pero también rien mucho. Esto es bueno para la tripa y para la psiquis. Vosotros no rien. Vosotros sólo mirar para adentro y por eso no pueden estudiar.

Klaus no debía haber visitado un restaurante español, donde el rui-

do y las risas llenan el ambiente. Claro que hay que saber de qué se ríe la gente. Pero mejor será no hurgar en el tema. Esta gente, Klaus y otro como él, en su afán de encerrar todo en teorías, olvidan a veces los contrastes y los absurdos.

Tras un momento de silencio, pregunta el investigador:

—¿Dónde puedo encontrar una Apotheke?

—Una farmacia, quiere decir. ¿Se encuentra mal? ¿Le puedo ofrecer una aspirina?

—No, gracias. Es que me tengo que pesar para ve-ri-fi-car cuantos kilos he tomado.

—Cuantos kilos ha perdido...

Mientras así perorábamos, se formó en torno un grupo de peregrinos y excursionistas que tomaron nuestro paso y parecían interesados en trabar conversación.

No me hubiera esto ocurrido de haber caminado en distinta dirección, cruzándonos e intercambiando saludos, que hace unas horas imaginaba yo evocadores de antiguos y corteses usos rurales. Para la amistad y el encuentro es mejor ir todos en la misma dirección.

—Pero, ¿dónde hay una farmacia aquí?

—No se preocupe, hombre, en Pamplona encontraremos todas las que quiera.

A Pamplona llegamos pasadas las ocho de la noche y farmacias no había ninguna abierta.

—Habrà que buscar una de guardia —dijo el alemán.

—Yo creo que sería mejor buscar un sitio donde dormir.

—¿Sin verificar cuantos kilos he ganado?

Empecé a pensar que lo más sensato era no dar más cordelajo al alemán y cancelar en aquel momento la comunidad de devoción jacobeá. Pero por temor a que mi actitud no fuera a corroborar su teoría sobre la infancia mimada y los adultos incívicos, transigí aunque con la reserva mental de darle cantonada a la primera ocasión.

A la fatiga de los cincuenta y pico kilómetros, hay que sumar los recorridos que hicimos por calles bulliciosas, abarrotadas de luces y vehículos, sin nada que nos retrotrajera a los tiempos de la paz cristiana. Los demás que se unieron espontáneamente a nosotros, se disolvieron en la plaza del Castillo, yéndose cada cual por su lado. Las fiestas de San Fermín estaban al caer.

Al fin encontramos la farmacia. El alemán se pesó ante la mirada del boticario e hizo anotaciones en un bloc.

—Dos y setenta kilos... ¡Perdón! setenta y dos kilos. He perdido tres kilos. ¡Gut!

Pensé que si perdía tres kilos al día, llegaría a Santiago impulsado por los vientos de Piedrafita del Cebrero, como Icaro moderno, pues a la sazón Klaus no pesaría más de doce kilos.

Nos alojamos en el Hotel Selecto (dos estrellas).

—¡Inmaculada! ¡Aquí hay unos turistas que desean dos sencillas!
—gritó el recepcionista— ¿Las quieren con toilete dentro o en el pasillo?

Dormí como un tronco.

Cuando trazo estas líneas, en una pensión de Logroño, han transcurrido casi tres jornadas desde las últimas anotaciones en este cuaderno. Llegamos aquí a media mañana. El resto del día se nos ha ido en identificar el campo abierto donde se libró feroz batalla entre cristianos e infieles, allá por el año 844, como me parece que he escrito más arriba, y durante la cual es fama animó a los castellano-leoneses el mismísimo Santiago en caballo blanco y con bien volteada espada. De ahí arranca lo de Santiago Matamoros.

—Mais oui, Santiago Matamore que decimos en Francia.

En el camino se nos han unido otros peregrinos, unos franceses, otros del Bierzo, emigrados en Francia, que pasan sus vacaciones por el pío y económico expediente de la peregrinación. Alguno sólo hasta Zotes, sitio no alejado del camino, aplazando el rematar en Santiago a mejor momento.

—¿Podría usted decirnos donde está Clavijo? —preguntamos a un lugareño.

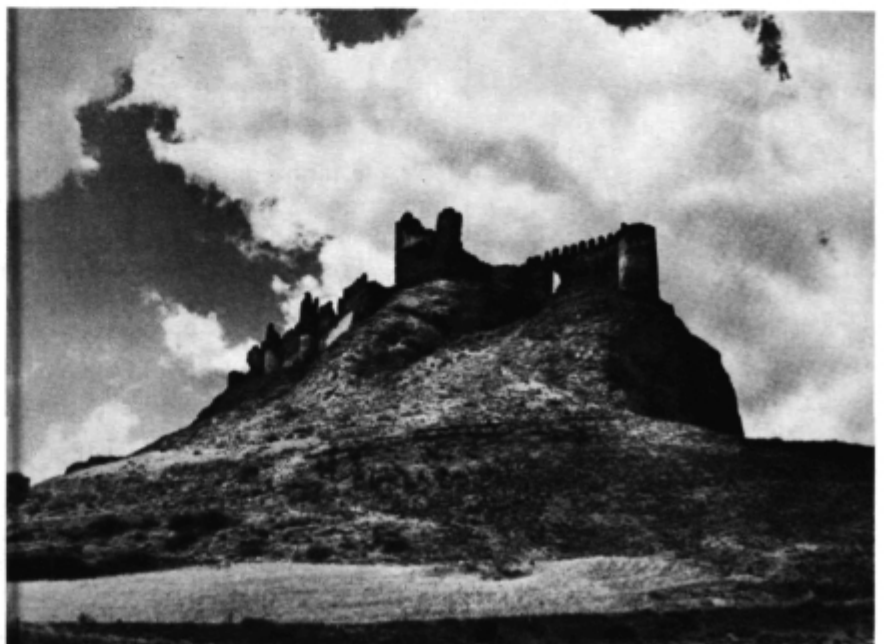
—¿El qué?

—Clavijo.

—Por aquí está Panzares, Brieva, Lumbreras y un poco más alejado, Arnedo, donde mataron a los guardias civiles. Pero eso que usted dice no me suena.

—Sabe mucha historia este señor.

Quien esto dijo era el del Bierzo, muy afrancesado por doce años de estancia en Lyon de Francia. Además de emigrante era templario



Delante del castillo de Clavijo se extiende hacia el norte el campo de la Matanza, lugar donde se libró la famosa batalla.

o de la orden del Templo, detalle que descubrimos recorriendo la Iglesia de Santa María del Palacio, en Logroño.

—Esta iglesia perteneció a la orden del Santo Sepulcro, una de las tres órdenes, con la de Hospitalarios y Templarios, que heredaron estos reinos a la muerte de Alfonso I el Batallador.

Explicó después que el rey Felipe el Hermoso, no el de Doña Juana, sino el otro, no flamenco sino francés, que reinó en Francia entre los siglos XIII y principios del siglo XIV, deseoso de hacerse con la riqueza de los templarios no paró hasta conseguir del Papa la supresión de la Orden en 1312.

—Estoy convencido que fue cosa de judíos, que no perdonaron a los templarios la competencia que les hacían en cuestiones de dinero como prestamistas y banqueros. Los historiadores dicen que los templarios tenían confiada la custodia del templo de Jerusalem y la protección de peregrinos cristianos, y su rescate si caían en manos de los sarracenos. Y también que la ocupación de San Juan de Acre por los infieles, fue algo así como una derrota del Real Madrid en el Bernabeu, que suele costarle al entrenador su puesto. Pues eso le costó a la Orden de los Templarios. Ya nadie les guardó el respeto como en los tiempos del rey Alfonso I. Todo el mundo quiso hacer leña del árbol caído, menos los reyes de Castilla y de Aragón, por supuesto, aunque al final desfallecieron y aprovecharon también la coyuntura para despojarles de sus posesiones. En Valencia hicieron algo mejor: con los bienes de la Orden crearon otra Orden, la de Montesa.

Calló un momento el leonés. Después fijó la mirada sobre la fachada de Santa María del Palacio, y añadió en un tono más confidencial como si reflexionase en voz alta:

—Pero no terminó en 1312 la historia de los templarios. Como se nos persiguió, nos refugiamos en el secreto y nos tuvimos que reconocer con claves y símbolos... Su poder no es como antaño, pero no somos todavía fuertes...

—¿Pertenece usted a la orden? —le preguntamos.

—Sí —contesta como si saliese de una ensoñación—. Perteneczo a la encomienda del II arrondissement de Lyon. Fui recibido en un capítulo cerrado, sin presencia de extraños. Pertenece Lyon al prioritario de Suiza. La Orden es soberana. No depende de ningún gobierno.

Nos habló de las hazañas de la Orden del Templo en España, durante la Reconquista, su apoyo a los reyes de Castilla y Aragón, su intervención —según él decisiva— en la batalla de las Navas de Tolosa, y en las conquistas de Lérida, Mallorca, Cuenca y Sevilla. Poseyeron la fortaleza de Calatrava. Y suyas fueron las iglesias de Eunete, cerca de Estella, y la de Vera Cruz, en Segovia, y alguna otra, todas de planta octagonal.

—Y muchas otras —encomió Albuino, que así se llamaba el emigrante, templario—. Otras muchas, porque los templarios eran los primeros en dar el paso adelante cuando había que batirse el cobre. Pero ya se sabe: a buen servicio, mal galardón.

Confesó, en fin, que él, en realidad, no peregrinaba a Santiago de Compostela, sino a Ponferrada, donde se conserva una de las mu-

chas fortalezas que los templarios tuvieron en España. Se visita de 9 a 13 y de 16 a 19 horas. Pero Albuino lo hace a medianoche, con otros templarios llegados también de muy lejos, a la luz de antorchas que apoyan en los muros de pizarra negra del Bierzo, en torno a un gran brasero de fundición donde refulgen rojas las brasas que un hermano ha preparado horas antes. Allí hablan en voz baja sobre la decadencia del mundo, sobre cómo elevar la conciencia humana, y de qué mejor manera obtener rendimiento e intereses del vil metal, hoy papel, que nos gobierna.

Visten todos el hábito blanco, símbolo de pureza, con la cruz roja estampada, emblema del martirio. Un asta de hierro sostiene el estandarte de la orden, mitad blanco, mitad negro, con la leyenda *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*.

Poco más, que tuviera que ver con el Camino de Santiago, nos re- tuvo en Logroño. La ciudad ha crecido. Alrededor de 60.000 habitantes tenía en los años 60; el doble, tiene ahora. Es ciudad con río —el Ebro—, lo cual vertebra a las urbes así situadas. París y el Sena; Londres y el Tamésis; Logroño y el Ebro. Aunque, a decir verdad, Zaragoza escamoteó a Logroño este señorío. ¿Quién podría asegurar sin titubeos que el Ebro pasa también por Logroño?

Klaus, que había perdido cinco kilos entre Valcarlos y Logroño, juzgaba indispensable detenerse unas horas en Nájera y en Santo Domingo de la Calzada, así como hacer una escapada a San Millán de Cogolla, a trasmano unos diez kilómetros en el camino de Logroño a Burgos. El peregrino francés y el templario Albuino creían también imperdonable no visitar ambos lugares —Santo Domingo y San Millán—. En lo de Nájera, las opiniones se dividían.

—Te va a defraudar, —dijo Albuino.

—Podríamos visitar algún anticuario —sugirió Dominique, que así se llamaba un animoso peregrino de Cholet.

—Nájera fue la capital de los reyes de Navarra y un punto esencial en el Jakobsweg. Además, por algún sitio de aquí, Pedro el Cruel derrotó a su hermano Enrique...

—Nos pasará igual que con Clavijo. ¿Quién se acuerda aquí de estas cosas?

—Quizás algún cura. Los curas saben mucho. Por poca curiosidad que tengan, como hoy día tienen poco que hacer, se dedican a revolver en los archivos parroquiales.

—Algunos...

Anduvimos los 18 kilómetros que nos separaban de Nájera, a la que llegamos hacia las once de la mañana, tras cruzar de claro por Navarrete, paraje que según Klaus fue el escenario de la batalla perdida por Enrique de Trastámara en 1367, quien dos años después ganaría en Montiel el definitivo encuentro con el rey Don Pedro, muerto en manos de aquél con la ayuda, dice la leyenda, del mercenario bre- tón Du Guesclin.

Como no era cosa de errar sin rumbo, bajo un sol de justicia, a la búsqueda del campo de batalla, seguimos a Nájera, ciudad de sonoras resonancias históricas, yéndonos derechos al monasterio de San-



Monasterio de Santa María la Real en Nájera, fundado en 1052 por el hijo de Sancho el Mayor, García I para albergar a los peregrinos. La talla de piedra que se observa en el claustro es plateresca de principios del siglo XVI.

ta María del Real, fundado por García Sánchez, rey de Navarra. En su Iglesia oyó misa Albuino, que como templario debía cumplir con el precepto tres veces por semana. Cuando nos disponíamos ante las estatuas yacentes de infantes de Castilla, León y Navarra, y las orantes de los reyes fundadores del monasterio, se nos acercó alguien que sin preámbulo alguno sentenció:

—Son las doce y media. Se acabó la visita. Si quieren vuelvan a las cuatro.

—¿Con la misma entrada?

—Esa entrada vale sólo para la mañana. Por la tarde tienen que sacar otra.

A redropelo salimos los cuatro, bien dispuestos a no pisar aquel recinto hasta la próxima peregrinación.

Nájera, como casi todas las villas a medias entre pujos capitalinos y trazas pueblerinas, es una mezcla de las dos cosas sin que sobresalga una sobre otra.

Lo nuevo no ha imitado a lo antiguo ni en los materiales. Lo antiguo apenas se ha restaurado, exhibiendo los desconchados ruinosos de la vejez. Nájera tiene hoy centro urbano, barrio residencial y suburbios. Y disperso en su casco, fachadas y monumentos que nos evocan su pasado.

—Pero hay un anticuario.

Visitamos a la salida un comercio de antigüedades, regentado por

Doña Honnelore del Potrero, apelativo que se refería a la profesión del marido, hernista local. Nos mostró varios muebles rústicos de pino o de castaño, algunos cacharros de cobre y varios candiles de aceite.

—¿Y eso?

—Es una pila bautismal del siglo XII.

—A mi me parece un bebedero de patos.

—¡Un bebedero de patos! —replicó ofendida Doña Honnelore—. Es una pila románica, ¡de época!

No una sino varias había en una especie de corral contiguo al comercio.

—¿Y cuánto vale?

—Se la dejo en treinta mil pesetas. Tirada.

La pila pesaría unos cuarenta kilos.

—Y, ¿cómo te la vas a llevar? ¿En la mochila?

Dominique renunció a la pila románica.

—Ya encontrarás otra más barata y de menos kilos.

Nos alargamos todavía unos kilómetros hasta alcanzar Santo Domingo de la Calzada, lugar de unos cinco mil habitantes, muy atentos con los peregrinos desde que en el siglo XI se tendió un puente sobre el río Oja para facilitar el trasego de los que iban a Compostela. En la catedral, Albuino nos mostró el sarcófago del santo dentro de un templete gótico, y frente a él un artístico gallinero donde se alojan el gallo y la gallina de la leyenda.

—Pero lo que se cuenta es que el juez, al decirle que el joven al que acababan de colgar estaba vivo, dijo: éste está vivo como el gallo que me estoy comiendo. Y en tal punto, el gallo saltó del plato cacareando. Pues si fue un gallo el protagonista de la historia, ¿qué hace aquí la gallina?

Nadie pudo dar respuesta convincente.

—No me extraña nada. Fíjate en el retablo que hizo Forment.

Nos fijamos todos. El gran monumento de madera esculpida y policromada produce de lejos una impresión de grandiosidad. Visto de más cerca, la atención se dispersa en infinidad de detalles mitológicos y profanos. Allí hay monstruos, querubines, sátiros, náyades, centauros, nereidas, en fascinante revoltijo.

—¿Y quién era Forment?

Extrajo el francés de su mochila una *Histoire de l'art* y explicó en traducción libre.

—Damià Forment era un escultor valenciano que trabajó sobre todo en Aragón y La Rioja a principios del siglo XVI. La influencia italiana era ya patente en Cataluña y Valencia, pero en Aragón persistían los estilos medievales. Hizo el retablo de la Iglesia del Pilar, el de San Pablo, los dos en Zaragoza, el de la catedral de Huesca, el del monasterio de Poblet, y éste que estamos viendo.



Relieve de la flagelación y friso con temas mitológicos en el retablo mayor de la catedral de Santo Domingo de la Calzada (Logroño), obra de Damiànt Forment.



—Y los demás retablos, ¿tienen también esta abundancia de nin-
fas y sátiros?

—La ornamentación de las catedrales en el Camino de Santiago
son algo mundanas... Debía de ser la influencia extranjera —comen-
tó Albuino.

—Además —remachó Dominique— en aquellos lejanos tiempos
la arquitectura y la escultura eran espectáculos gratuitos. Este reta-
blo debió construirse en 1530, o un poco más tarde, y ya los tiempos
no estaban para peregrinaciones.

Miró a Albuino y siguió:

—Todo esto, aunque con factura medieval, es de influencia italiana y por tanto, clásica y pagana.

Abandonamos Santo Domingo de la Calzada pasado el mediodía. Y como nadie parecía muy dispuesto a emprender largo recorrido, dimos todos por aprobado pasar noche en San Millán de la Cogolla, distante de Santo Domingo unos diez o doce kilómetros, insignificante andada para quienes como nosotros habíamos hecho más de cien. Nos pusimos, pues, en marcha, en un paisaje sin conducciones eléctricas, sin escombros ni basuras en las cunetas, sin la inmundicia que la sociedad de consumo deja en todas partes.

—Este es el siglo de la basura. O si lo prefieren, de los envases y recipientes. En la Edad Media, no es que fueran más limpios que ahora, pero no había otra basura que los residuos orgánicos que asimila la madre naturaleza. Hoy hay envases imputrescibles que además todo mancillan.

—Tanto como el siglo de la basura... Ha habido también grandes logros. La penicilina, la aviación, el automóvil, la electrónica —terció el del Bierzo.

—Sí, pero nada fundamental han remediado, salvo las enfermedades infecciosas. Lo demás han sido postizos añadidos a una Humanidad que no necesitaba de todo eso que has dicho. Inventos, grandes inventos, que hacen avanzar siglos a los seres humanos, los hubo en el siglo XIX. La luz, por ejemplo. Podéis imaginar lo que supuso la luz eléctrica. ¡El fin de las tinieblas! La noche ya no fue la hora del miedo, desaparecieron con ella las brujas y los conjuros. ¡La noche gracias a la luz fue ya nuestra! Podíamos estudiar, pasear, divertirnos. Lo que quisiéramos. Y luego, el tren, ¡qué gran invento el tren! Lo que antes de él costaba varios días de incómodo ajeteo, se reducía a unas horas sobre el camino de hierro, sin perder además el atractivo de viajar, la visión del paisaje, y la emoción de abandonar poco a poco una tierra para adentrarnos en otra distinta, observando los cambios que el trayecto nos deparaba. Los inventos del siglo XIX fueron inventos útiles para los seres humanos. Los de este siglo en el que estamos, por poco tiempo ya, han complicado, deshumanizándonos, la existencia. ¿De qué sirve ir de Madrid a Estocolmo en dos horas, si se nos hurta conocer media Europa?

—La vida ha cambiado —objetó Dominique—. Hay más hombres de negocios, más comerciantes e industriales que nunca. Seres para los que el viaje es trabajo, que necesitan actuar deprisa, llegar en vez de viajar. La noción tradicional del viaje ya no es como antes. El viaje hoy es el turismo.

Callamos porque el camino hasta San Millán nos agotaba el resuello y no es posible que esté continuo el arco armado, lo cual, aunque dicho en castizo castellano, significa que no daban los arrestos para remontar empinados repechos y al tiempo argumentar de forma arreglada en pro o en contra de lo expuesto. Y así, en silencio, seguimos la marcha, admirando en lo que cabe el buen gusto de los eremitas para elegir lugar de asentamiento.

Porque a estas tierras se retiraron hace un montón de siglos Millán de Berceo y un puñado de seguidores suyos a hacer vida de clau-



Arcada de la nave central de la iglesia mozárabe de Suso (consagrada en 984) en San Millán de la Cogolla. El monasterio no se encontraba en la ruta directa de los peregrinos, pero el culto era suficientemente importante para que éstos hicieran un rodeo hacia el sur.

sura. El valle daba suficiente para el sustento, y tan garantizada estaba la paz, que San Millán vivió 101 años sin abandonar ni un día los salutíferos aires de la Cogolla.

Avistamos pronto el monasterio, construido en el siglo X, donde es fama que se educó Gonzalo de Berceo, el primero —quien sabe...— que escribió en castellano, cantando en versos los milagros de la Virgen y algunas vidas de Santos. Y también las bellezas que teníamos ante nuestra vista cuando escribe:

Yo maestro Gonçalvo de Berceo nomnado
lendo en romería caeçi en un prado
verde e bien sençido, de flores bien poblado,
Logar cobdiçadero para omne cansado.

Y así hicimos. Nos tumbamos en un prado como hombres, no cansados, sino más bien molidos, y sacamos de mochilas y zurroneos las vituallas del caso, sin olvidar por supuesto el rioja tinto que cantó Berceo con toda razón, y con cuyo concurso alcanzó el poeta edad casi tan luenga como la de San Millán.

Recuperados de la caminata visitamos la iglesia mozárabe y el monasterio, con las miras puestas en la Anunciación de la Virgen, de Juan de Ricci, pintor y benedictino, de vocación artística y andariega, como lo prueba el número de cuadros que por encargo dejó en monasterios e iglesias de Burgos, Cardeña y Frómista.

Al final de sus días, fue preceptor del príncipe Baltasar Carlos, primogénito de Felipe IV, muerto prematuramente, con gran inoportunidad para la salud de estos reinos, pues su padre Don Felipe se las vió y se las deseó para procrear nuevo vástago que heredara sus estados, hazaña que culminó ya en edad decrepita con el mediocre resultado de todos sabido.

También los marfiles tallados del monasterio de Yuso llamaron nuestra atención. Las piedras preciosas que adornaban las arquetas desaparecieron durante la guerra de la Independencia, según nos informó el amable monje que nos sirvió de guía, y que subrayó el verbo «desaparecieron», en atención sin duda a los franceses que nos acompañaban, ya que de no ser por tal circunstancia, hubiera empleado de seguro verbo más ilustrativo de lo que allí ocurrió en 1808.

Nos contó nuestro cicerone que los huesos de San Millán sufrieron varias vicisitudes en el siglo XI. Primero, se depositaron en un arca, años después en otra, lo cual añadido al saqueo francés, deja al estudioso perplejo sobre la verdadera filiación de lo que se conserva aquí y en el museo arqueológico madrileño.

A pesar de los hurtos y pignoraciones queda lo suficiente para maravillar a los expertos. Los bajorrelieves marfileños, de evidente origen visigodo o mozárabe, escenifican la vida de San Millán. Las figuras visten a la manera visigoda, los arcos son de herradura, y Leovigildo lleva pantalones como los bárbaros, y no túnica como los hispano-romanos. Dicen que el arca primitiva tenía vara y media, dimensión excesiva, y que después, en el 1070, en el siglo de las reliquias, se redujo el arca a una arqueta que podemos hoy admirar, aunque, me da en la nariz, que lo admirado es más reproducción que autenticidad.

Así nos ilustró nuestro acompañante, con sobra de saberes y entusiasmo, que se aplicaron a otra arqueta, la de San Felices, a quien, si no me traiciona la memoria, dedicaré un párrafo más adelante.

Volvimos a Berceo y nos alojamos en limpio y bien cuidado albergue, cenando allí regiamente.

—Como en los buenos tiempos de Gonzalo de Berceo.

—No eran incautos los monjes de aquellos tiempos. Para consagrarse a la vida contemplativa tenían especial cuidado en elegir parajes que, al mismo tiempo de idílicos, fuesen apropiados para proveer al sustento de la comunidad, tanto en frutas y verduras, como en viandas y aves, vinos y licores.

—Quien bien predica, bien vive. No se comprendería de qué otro modo los frailes del Medioevo pudieron, en medio de tanta inseguridad y desorden, consagrarse al cultivo de filosofías y otras ciencias, salvando así la cultura antigua. Y aunque se me tilde de chovinista, diré que en esta tarea tuvieron papel principal los monjes españoles de aquellos siglos, acosados por tirios y troyanos, y siempre bajo la amenaza del adalid musulmán.

—Hay que tener en cuenta que buscaban amparo en lugares recónditos, alejados de las vías de invasiones. No vereis monasterio alguno en las vegas ni en los llanos fértiles y bien regados. Tampoco en tierras de labrantío o de secano. Cuando se produce en España la

desamortización, en 1834, todos estos monasterios quedaron abandonados durante muchos años, porque están al margen de los grandes ejes de comunicación. No interesaron a nadie, salvo a los del lugar que arramblaban con lo que pudieron para sus viviendas.

Hasta Burgos nada vimos que nos llamara la atención, excepto una aislada ermita sobre el altozano no lejos de Belorado, ermita que nadie identificó en las guías Baedaker, Michelin, Murray's de que íbamos provistos.

—¡Aquí, aquí! —gritó Klaus, enarbolando su Murray's—, Belorado 2.500 habitantes, «a prosperous agricultural town».

—¿De qué año es esa guía?

—De 1889.

También nos intrigaron las humaredas que se veían a lo lejos.

—Son los incendios que hay siempre por estas fechas —nos informa un lugareño sin la menor emoción—. Por aquí y más al norte, de siempre se han quemado pinares y montes. Los pastores los quemaron para que crezca el pasto. Al cabo de tres o cuatro años, retoñan los árboles como si nada.

Algunas casas y casonas tenían un aire norteño, con su extendido alero.

—Es que la población vasca llegaba hasta aquí, en Belorado y el Valle de Ojastro. Hay todavía algunas huellas de los vascos por tierras de Burgos, la provincia más larga de España como sabéis.

No lo sabíamos, lo cual fue motivo para que todos admirásemos la cultura de Klaus.

—Pero aquí hay mucho García y mucho González —murmuró otro de los del grupo mientras caminaba, mochila a la espalda, la cabeza inclinada hacia el camino.

—Claro que sí. García es apellido vasco y significa «oso, artza». González no sé. Braungart y Caro Baroja han estudiado mucho este tema.

Al atardecer entramos en Burgos. Ancha avenida para el tráfico de automóviles, bloques de inmuebles inmensos, hendididos a largos trechos por bocacalles.

—Pero, ¿cuándo llegamos a Burgos?

—Ya estamos en Burgos.

—¿Y las torres de la catedral?

—Las tapan esos edificios.

Tal vez hubiese sido preferible bordear la ciudad paralelamente a la carretera y hacer nuestra entrada en Burgos por el Sur, lo cual permite un acceso más inmediato a su centro histórico.

Sí... tal vez. Pero recordé que allí estaba la estatua del Cid, como el jinete enmascarado de los tebeos, y la fachada de un cine en la ribera del Arlanzón, entre las torres góticas y el paseo. Así que me alegré en el fondo por haber entrado por el ensanche que al fin y a la

postre da idea de ciudad moderna, industrializada y en plenitud de desarrollo, como suele decirse.

—Pero llegamos a la catedral o no llegamos.

—Sí hombre, paciencia. Queda ya poco.

Como todo el mal nos viene junto, a la fatiga del día se nos echó encima un frescor de 800 metros de altitud y la desilusión de no poder admirar la fachada de la catedral ni a la luz de la luna —porque no había luna aquella noche de julio— ni a la luz de los focos que no funcionaban por no se sabe qué motivos.

Al siguiente día visitamos otra vez la catedral, obra maravillosa del gótico florido, algo tardío con relación a otros monumentos europeos del mismo estilo. Igual que sucede con la catedral de Toledo, también la de Burgos se resiste a ser contemplada en su conjunto a menos de lesionarse las vértebras cervicales. Tal es la pobre perspectiva que dejan las casas que circundan, ante lo cual sólo cabe alejarse hasta la otra ribera del Arlanzón para contemplar de lejos las torres góticas.

Dispenso al lector de la descripción del monumento, que será de fijo bien conocido por él, y que por otra parte se tardó tanto en terminar que no mucha relación guarda con el Camino de Santiago esta catedral, comenzada en el siglo XIII y concluída bien entrado el XVI. Las peregrinaciones parece que armonizan mejor con el románico y el gótico primitivo. Tal es la razón que justifica la brevedad de esta noticia, y no otra de escondida malicia.

Cierto es que nos espoleaba el deseo de visitar un restaurante del que teníamos buenísimas referencias y donde embaulamos las rodajas de merluza más grandes en memoria de hombre, o al menos en memoria de quien ésto escribe, y un cuarto de cordero asado al hinojo que nos remontó a todos el ánimo para afrontar Tierra de Campos y alcanzar pronto Carrión de los Condes, cuyo nombre nos atraía como un imán.

El exceso en el yantar no se acuerda bien con la marcha a las cinco de la tarde por tierras de pan llevar, bajo un cielo de fuego. No plomo derretido, pero algo muy parecido, nos indujo a hacer posta en Castrogeriz, villa del camino a la que ignoro si le acomoda aquello de Castrogeriz será Castrogérez cuando nariz sea náriz.

Es una comarca rica en pueblos formados por la palabra villa y un nombre visigodo o latino. Verbigracia: Villanueva, Villadiego, Villamayor, Villahoz, Villaquirán, Villasandino, Villaherreros..., y otros que son probanza de asentamientos apresurados y por hecho de armas de alguien que se llamó Nuño o Diego y que dieron nombre a la localidad, igual que hoy dan su nombre a los estadios quienes con astutas artes acopian dineros suficientes para levantarlos y mercadearlos después.

Dormimos en Castrogeriz, bien acogidos por gente pardal de mucha honra y buena casta, que nos dieron de comer y beber, con abundancia de lo mejor sazonado y sabroso de sus despensas.

Salimos de allí en las purpúreas horas en que es rosas el alba y rosicler el día, como escribió el poeta. Llevábamos el ánimo excelentemente dispuesto a recorrer las cinco leguas que nos separan de

Carrión de los Condes, toponímico que encandilaba nuestra imaginación por lo sonado de las aventuras de los infantes malcasados con doña Elvira y doña Sol, hijas del Cid.

¡Amigo! Hay que tener muy levantado el ánimo para afrontar una caminata por tierras palentinas, huérfanas de umbrosas arboledas que te alivien, en lo más crudo del mes de julio además. La calor seca las gargantas y entorpece la conversación aunque la voluntad mueva a entablar diálogo, empresa que cumplieron nuestros compañeros franceses que como muchos de aquella república son muy instruidos en negocios de la tierra, de yantar y beber, de los trabajos artesanos y en las tretas del amor.

—Por aquí se utilizaban las dos técnicas de uncir las bestias de labor mediante yugos cornales y yugos yugolares. Depende que se arrastre con la cabeza o con el cuello.

—También dependerá de tener o no cuernos, digo yo. Porque complicado debe ser para un caballo arrastrar carro o arado con la testuz.

—¡Ah no! Jamás los caballos han sido bestias de tiro. Eso fue en la época de la tartana, que no era carruaje de estas tierras. El caballo es animal de montura, bestia noble para la guerra, la caza y el recreo.

—A todos nos cogen o por la yugular o por los cuernos. A los bueyes, a los mulos, a los burros...

—A los burros no. Los burros se repropian y te sueltan una coz o un mordisco. Lo de caerse de un burro no es dicho imaginario, sino verdad que quien haya cabalgado en asno puede confirmar.

Ya entrada la hora del Angelus apareció Carrión en el horizonte.

—Los pueblos castellanos no han cuidado su perspectiva. Son demasiado visibles, de lejos, las paredes medianeras de ladrillo sin enfoscar y los desechos que las poblaciones expulsan. Lástima...

Buscamos en derredor el robledal de Corpes, escenario de maltrato a las hijas del Cid. No vimos, por parte alguna, cosa que se pareciese al robledal. Lo demás del paisaje disculpaba a los infantes en su interés desmedido por las dotes de Doña Sol y Doña Elvira.

En Carrión admiramos la portada de la Iglesia de Santiago, con sus artesanos de piedra en la fachada. Después llenamos las mochilas de vituallas y partimos a la búsqueda de apartadizo umbroso donde restaurarnos.

—Y lo de las hijas del Cid, ¿terminó de esa manera?

—La justicia en este mundo pisa con pies de plomo. De primer intento no parece que se restablezca la equidad tan de inmediato como en las películas del oeste. Pasó algún tiempo hasta que las infantas llevaran su merecido.

Reconfortados con tal certidumbre, reanudamos el camino, esta vez en dirección a Sahagún.

Marchábamos todos con mucho esfuerzo y a nadie extrañó que el *Liber Santi Jacobi* recomendase a los peregrinos hacer testamento antes de iniciar el viaje. Trece etapas hay que hacer, según la guía inserta en el *Codex Calixtinus*, lo cual para aquellos tiempos era mar-

Templo de Santiago en Carrión de los Condes. Quemado en la guerra de la Independencia conserva la espléndida portada románica, siglo XI, de la que resalta su famoso friso escultórico.



ca más que notable si no olvidamos que sumaban las etapas seiscientos kilómetros, lo que da cuarenta y seis kilómetros por jornada.

Dos etapas invertimos en hacer el itinerario hasta León, con breve escala en Sahagún, para alojarnos en modesta posada muy bien cuidada por una simpática asturiana que ya había ejercido de posadera en Gijón.

En León visitamos su catedral, única en España que se puede admirar sin riesgos de agujetas en el cuello, gracias a lo exento de su fábrica. La pulcra leonina, San Isidoro y la Virgen del Camino fue nuestro itinerario leonés.

Menos apretaba ya el calor con las brisas que bajaban de los montes de la Matona.

—Por aquí debe de pasar todavía el ganado lanar trashumante que viene de las dehesas de Extremadura al comienzo del verano.

Cuarenta y cinco días tardan, o tardaban, porque ignoro si se conserva esta costumbre, entre marcha y esquileo. Más que la peregrinación a Santiago. Su destino era Bavía, al norte de León.

—¿Tu has estado en Bavía?

Contorneamos Astorga, urbe empapada ya en brumas industriales. Y a las pocas horas bordeamos los montes de León hasta caer en Ponferrada. Allí quedamos varios días, recelando que no era propio de peregrinos tan prolongada blandura.

No sin trabajo, decidimos reanudar la marcha en la rampa de la segunda quincena de julio.

Emprendimos, pues, la subida al puerto de Piedrafita.

No estaba lejos Compostela, o eso creíamos.

No estaba lejos el momento de subir la escalinata del Obradoiro y descansar la mano abierta sobre la piedra que otras infinitas manos, sobre ella, dejaron cóncava y brillante como el pedernal.

Daremos el abrazo al señor Santiago, en el altar mayor con su torso revestido de armadura, que para unos es esclavina y para otros chaquetilla torera. Deambularemos por las naves que huelen a incienso y a musgo y nos detendremos largo tiempo ante el Pórtico de la Gloria. Todo eso haremos dentro de tres días.

A mil cien metros de altura en Piedrafita, Galicia es como un mar de redondeados montes entre el verde y el azul en sucesivos planos que se alejan. He subido a lo alto para escudriñar la curva plateada del horizonte. Debe ser el mar, pienso. Habrá, desde donde estoy, unos ciento cincuenta kilómetros en línea recta. Tal vez menos...

Abajo, mis compañeros hacen gestos con los brazos. Son gestos de adiós.

—¡Nos veremos otra vez en Compostela!

Piedrafita, 23 de julio, día de Santa Cristina, virgen;
Victor y Estercacio, mártires.